

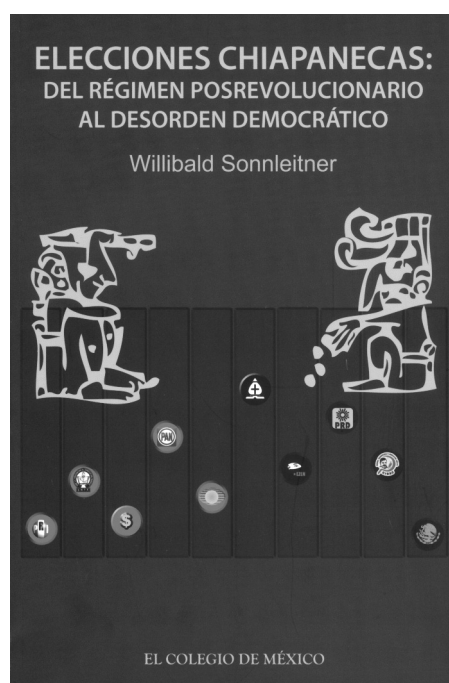
La transición democrática chiapaneca

José Woldenberg

Pocos estudios resultan más pertinentes, minuciosos y sugerentes que *Elecciones chiapanecas* de Willibald Sonnleitner. Se trata de una reconstrucción del proceso de cambio político que vivió Chiapas en los últimos veinte años, desmenuzado no sólo en sus trazos generales sino incluyendo también a partir de análisis microrregionales (incluso a nivel de secciones electorales). Su lectura no sólo documenta la progresiva expansión del pluralismo político, el incremento en la competitividad de las elecciones, la nueva distribución del poder, sino que desmonta algunos de los mitos que han querido contraponer las prácticas tradicionales de las comunidades indígenas a la llamada democracia occidental.

Chiapas, al igual que el resto del país, transitó de un sistema casi monopartidista a otro plural, de elecciones rituales pero sin competencia a otras altamente competitivas y de un mundo de la representación habitado casi en exclusiva por una fuerza política a otro colonizado por la diversidad de opciones. No obstante, México es un territorio donde coexisten muchos Méxicos, y el libro de Sonnleitner reconstruye ese proceso desde un espacio multicultural singular marcado por la pobreza y los reflectores que sobre él colocó la insurrección del Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

Chiapas había sido tradicionalmente “una importante reserva de votos” para el PRI. Todavía en 1988, en aquellas elecciones en las que irrumpió el “fenómeno cardenista”, el tricolor alcanzó el 89.9 por ciento de los sufragios. Pero no hay mal (o bien) que dure cien años. Los poderosos vientos del cambio, desatados en aquellas jornadas, acabarán por sacudir también a Chiapas. Y esa historia es la que recrea Sonnleitner con tino y precisión. Se trató de un proceso en-



dógeno —propio de la entidad—, pero retroalimentado por el entorno nacional.

El avance y asentamiento del pluralismo desmontó la idea de unas comunidades indígenas absolutamente cohesionadas, sin fisuras ni conflictos, idílicas e impermeables a las fórmulas que pone en pie la democracia. Esa noción edulcorada y utópica del mundo indígena, que (casi) lo sustrae del género humano y genera una especie de racismo al revés, no tiene posibilidad de sostenerse —como prueba el libro— porque, si bien las comunidades tienen rasgos característicos propios, están cruzadas por intereses, pulsiones y proyectos divergentes que encuentran en las rutinas electorales fórmulas para expresarse y convivir.

Pero el proceso transicional también se confrontó con las apuestas revolucionarias y salió airoso. Porque si bien el levantamiento del EZLN se convirtió en un poderoso acicate para los cambios democratizadores en

la entidad (e incluso en el país), desatando dinámicas reformadoras de normas e instituciones, llegado a un punto —cuando el EZLN le dio la espalda a las elecciones o peor aún cuando decidió sabotearlas (1997)— coadyuvó a la persistencia de discursos y prácticas antipluralistas y a la permanencia, en sus bastiones, de la hegemonía del PRI. Incluso en una perspectiva de más calado y que el libro apenas esboza habría que preguntarse: ¿cómo la vía de las armas —a querer o no— llama a la intervención del Ejército y a que se armen grupos opositores al EZLN, lo que suspende u obstaculiza las fórmulas inclusivas de coexistencia política? Porque, como escribe Sonnleitner: “la prolongación y el desarrollo del conflicto armado conducen rápidamente a un paréntesis de la transición en Chiapas, bloqueando incluso la apertura del espacio político en muchas comunidades que participan o son afectadas por la rebelión”.

De un partido hegemónico a una pluralidad de partidos, pasando por la fragmentación y por las identidades volátiles, parece ser la ruta que transitó Chiapas. Pero los rasgos contruidos en el camino parecen teñir la convivencia/competencia partidista hasta el presente. La fragmentación persiste escoltada por un pragmatismo extremo que permite a los partidos construir alianzas simultáneas y para el mismo proceso electoral con diversos partidos. Un ejemplo que se podría multiplicar: “durante los comicios de 2007 el PVEM sólo presentó candidatos a diputados propios en 11 de los 24 distritos estatales, y se coaligó con el PRI en ocho y con el PRD-PT-Convergencia en los cinco restantes”. Lo que hace no solamente confusa la contienda electoral sino, en ocasiones, ininteligible. No es casual entonces el subtítulo del libro: “del régimen

posrevolucionario al desorden democrático”. Una política extremadamente personalista, redes de relaciones faccionales, apuestas de corto plazo, alimentan esa dinámica que genera al mismo tiempo orden y bruma, coexistencia y entrecruzamientos.

Pero Chiapas también contiene una enorme diversidad. Y Sonnleitner entonces reconstruye los diversos procesos que han marcado sus transformaciones políticas. Distingue cuatro categorías de municipios en relación a la participación electoral, pero el mapa del estado es más interesante cuando se acerca a la presencia de los principales partidos nacionales en él. Lo transcribo: “Tras haber ejercido un control prácticamente absoluto sobre toda la entidad en 1988, el PRI no ha dejado de perder fuerza, conservando solamente una posición dominante en cuatro municipios... Se trata de las comunidades tzotziles y tradicionalistas de San Juan Chamula, San Miguel Mitontic, San Andrés Larráinzar y San Pedro Chenalhó... En 5 municipios más... también conserva una fuerte presencia, pero pierde su hegemonía a partir de 2006. En cuanto al PRD, éste conoce una dinámica mucho más volátil y convulsa... Solamente predomina en Jitotol, Nicolás Ruiz y Las Margaritas, pero cuenta con un fuerte arraigo en 22 municipios más, particularmente en la región de la CIOAC-Norte... En el Valle Central y en el Norte... el PAN ha logrado arraigarse con mayor éxito, creciendo a partir de sus bastiones en la costa (Huixtla, Tuxtla Chico, Tonalá, Arriaga)... pero no ha logrado penetrar ni en la región Sierra ni en la zona indígena, con muy contadas excepciones...”.

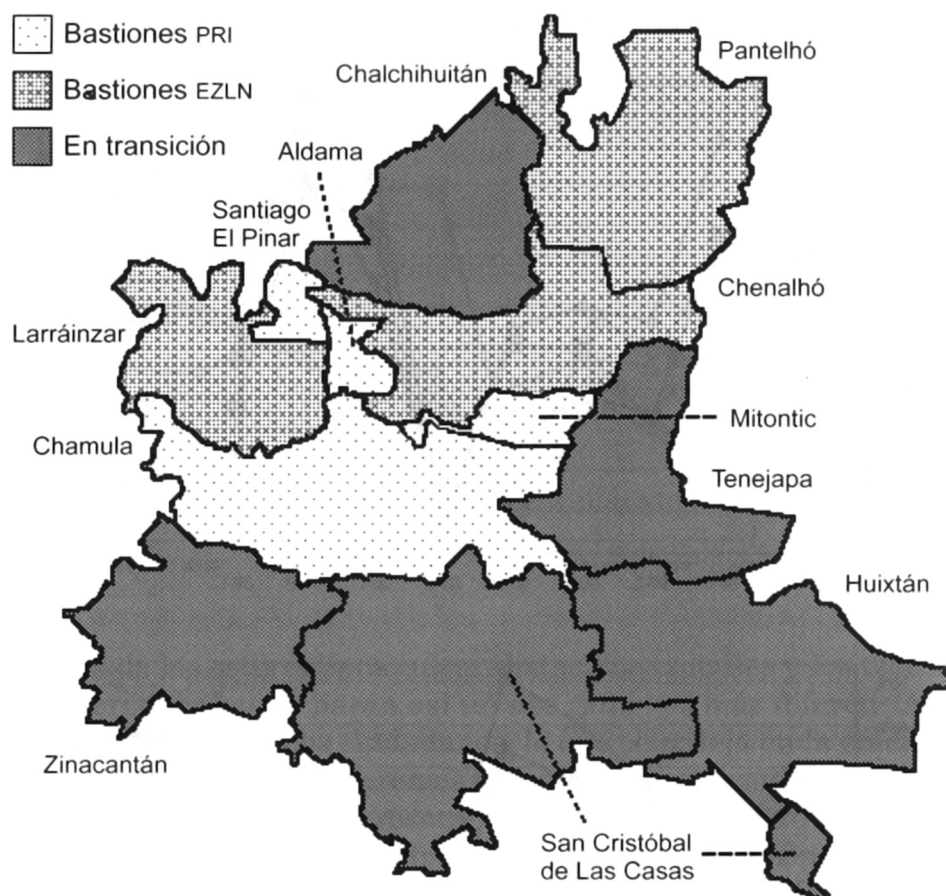
He citado un apretado párrafo que resume tendencias que el libro estudia con puntualidad y precisión, lo que le permite a Sonnleitner sostener que “dentro de la zona indígena, las fronteras étnico-lingüísticas no recubren un significado político claro, con la notable excepción de la región chol, bajo el control hegemónico del PRI... No parece haber actores políticos articulados en términos étnicos”. Lo cual, bien visto, es una buena noticia en la perspectiva de un México democrático, es decir, de ciudadanos iguales en derechos, capaces de portar y recrear tradiciones culturales diversas. Lo cual no quiere decir, por otro

lado, que los ciudadanos no puedan y deban aparecer organizados para proteger y luchar por sus intereses colectivos más allá y más acá de la contienda partidista por los cargos electivos. Y por el otro, tampoco significa que no existan reivindicaciones específicas de las comunidades indígenas (como se sabe, las más pobres entre los pobres).

En Chiapas, como en el mundo, las elecciones están ayudando a que la diversidad de intereses y apuestas políticas se expresen, compitan y convivan. Y ese expediente, más que atentar contra una supuesta identidad inamovible de los pueblos indígenas, está ayudando a procesar los conflictos por cauces no violentos. Porque recordemos; no se trata de invocar exorcismos para erradicar las contradicciones y los conflictos, sino de ofrecerles una vía institucional eficiente para su confrontación pacífica. Lo escribe así Sonnleitner: “En los años ochenta sus demandas no podían canalizarse por la vía electoral y sus militantes recurrían a formas menos convencionales de acción colectiva. Sin embargo, la apertura política de 1994 abrió el camino para que la añeja participación se tradujera finalmente en una serie de alternancias

electorales. Desde 1995 éstas no dejaron de multiplicarse en los comicios locales sucesivos...”.

Me gusta especialmente el esfuerzo que hace Sonnleitner por explorar “las dimensiones microsociológicas del voto”, una exploración para establecer la fiabilidad de los resultados y para distinguir lo que son inconsistencias de prácticas fraudulentas. Mientras las primeras son básicamente errores que tienen diversos nutrientes y que por ello no alteran significativamente los resultados, los segundos son inaceptables en cualquier contienda que se precie de ser democrática. Por otro lado, con un muy buen uso de la estadística, Sonnleitner observa cómo las secciones “zapato” (donde todos o casi todos los votos eran por un partido) se reducen de manera considerable hasta casi desaparecer y escudriña el significado de los “procesos grupales de negociación y presión” del voto, y los distingue de otro tipo ideal, el individualizado, “de opinión” o de “convicción”. Se trata de inyectarle una densidad conceptual y comprensiva a fenómenos que se reproducen por las marcadas desigualdades entre candidatos y bases de votantes, que suelen resultar incomprensibles para los turistas entusias-



Tipología municipal de la transición política alteña

tas y distraídos y para no pocos académicos y periodistas mexicanos.

En síntesis, el libro explica de manera puntual el tránsito democratizador chiapaneco, como parte de un proceso transicional más vasto, nacional. Chiapas, así, no es una excepción, pero sí está marcada por la singularidad del levantamiento del EZLN —que primero es un potente catalizador de cambios y luego un problema para que el pluralismo eche raíces en su territorio— y por los trazos específicos de una entidad polarizada en términos económicos, sociales y culturales. El proceso cobija a toda la entidad y no parece respetar las fronteras etnolingüísticas o socioculturales. No obstante, sí aparecen ritmos y modalidades diferentes a lo largo y ancho de su territorio. Ello depende de una serie de actores y de condiciones particulares que Sonnleitner recrea. Mestizos e indígenas se han apropiado del voto como un mecanismo para incidir y hacer política. Y ello, por supuesto, es una buena nueva.

El proceso, sin embargo, como en el resto del país, está siendo acompañado por una estela de desilusión que resulta preocupante. Y, otra vez, Sonnleitner rastrea las

fuentes de ese desencanto. Creo, sin embargo, que el desgaste en el aprecio por la democracia está también condicionado por fenómenos más vastos: el no crecimiento económico, la incapacidad para ofrecer un horizonte laboral dentro del mercado formal, en fin, “la exigencia popular de mejoras económicas y sociales”.

Al final, Sonnleitner reproduce un episodio que debe alertar sobre la fragilidad en la que aún descansa el entramado político electoral en el estado. El 11 de septiembre de 2009, con un sigilo digno de mejores causas, los 40 diputados que conformaban el Congreso de Chiapas aprobaron la extensión de su propio mandato hasta el 2012 (habían sido electos para el trienio 2007-2010). Además, por si fuera poco, resolvieron que los consejos municipales de los 118 municipios serían nombrados y no electos, también hasta 2012. Con ello se ahorran los comicios programados para 2010. La operación estaba tan bien montada que sin discusión fue avalada por 67 de los 118 cabildos. No me detengo en la estela de reacciones —algunas serían chuscas si no fueran trágicas—, sólo recuerdo que el presidente de la Corte local dijo que la medida tenía

ventajas y desventajas pero que podría justificarse porque representaría un ahorro para las arcas estatales. Ex diputados del PRI y también del PRD llevaron el asunto a la Corte y, por supuesto, ésta anuló el 15 de febrero de 2010 el ingenioso acuerdo.

No se trata de un episodio más de la picaresca nacional —un poder constituido a partir de elecciones (la fuente de su legitimidad) que decide extender su periodo sin el molesto y costoso expediente de solicitar el voto a sus conciudadanos— sino de un revelador de la fragilidad de los usos y costumbres de la democracia, ya que la reforma contó con el apoyo de todos los legisladores —de todos los partidos— de la entidad, con la mayoría de los cabildos y, es de pensarse, con la anuencia del gobernador. Otra convergencia digna de mejores causas.

PD Me gustaría leer ahora un texto de Sonnleitner sobre las elecciones chiapanecas que acaban de suceder. Y para estar al día: sobre los acontecimientos de Motozintla. Total, pedir no empobrece... **U**

Willibald Sonnleitner, *Elecciones chiapanecas: del régimen posrevolucionario al desorden democrático*, El Colegio de México, México, 2012, 503 pp.

